

seguir resultados eficaces, no hubo entusiasmo, porque allí todos, príncipes, nobles, ciudades y labradores vivían en la pobreza y estaban poseídos de cuidados más inmediatos que el peligro turco. Allí era permanente la guerra de todos contra todos; allí los innumerables señores de horca y cuchillo eran salteadores de caminos y se hacían la guerra entre sí y con-

tra las poblaciones amuralladas para saquearlas si no podían someterlas; y en medio de estas guerras parciales, asolaban al país otras mayores, como eran las de los príncipes contra las ciudades libres enclavadas en sus territorios y a las cuales querían someter y sometían siempre que les era posible. En Franconia hizo cruda guerra a las ciudades que lucha-



Alberto Aquiles de Brandeburgo (la armadura se conserva en el castillo de Ambras).  
Grabado de la obra publicada en 1602 sobre la colección de armas del castillo de Ambras, en el Tirolo.

ban por su independencia Alberto, llamado por sus cortesanos Aquiles, hijo tercero de Federico I, elector de Brandeburgo, tipo del noble rapaz y brutal, a quien todos los medios parecían buenos para aumentar sus dominios y poderío. Desde años antes miraba con envidia y codicia la opulenta ciudad de Nuremberg, que era señora de un territorio considerable; pero la liga que la unía con otras ciudades para defenderse contra los ataques de los nobles codiciosos, le había detenido en el intento de apoderarse de su presa; mas en el año 1449 terminó el pacto de la liga, y entonces él y otros señores innumerables cayeron sobre las ciudades para apo-

derarse de ellas ó enriquecerse con sus despojos. Fué aquella una guerra terrible de incendios, asesinatos, matanza, robos, asaltos y saqueos, principalmente en Wurtemberg y Franconia. Poco pudieron los nobles salteadores contra las ciudades defendidas por sus murallas, torres y fosos; pero en el campo abierto solían ser derrotadas las fuerzas de éstas, si bien las de Nuremberg derrotaron en 11 de marzo de 1450 cerca de Pillenreuth a las de Alberto y estuvieron a punto de hacerle prisionero. En el verano de aquel mismo año se llegó a un arreglo en Bamberg que dejó la situación como estaba, solo que por él las partes beligerantes sometieron algunos puntos

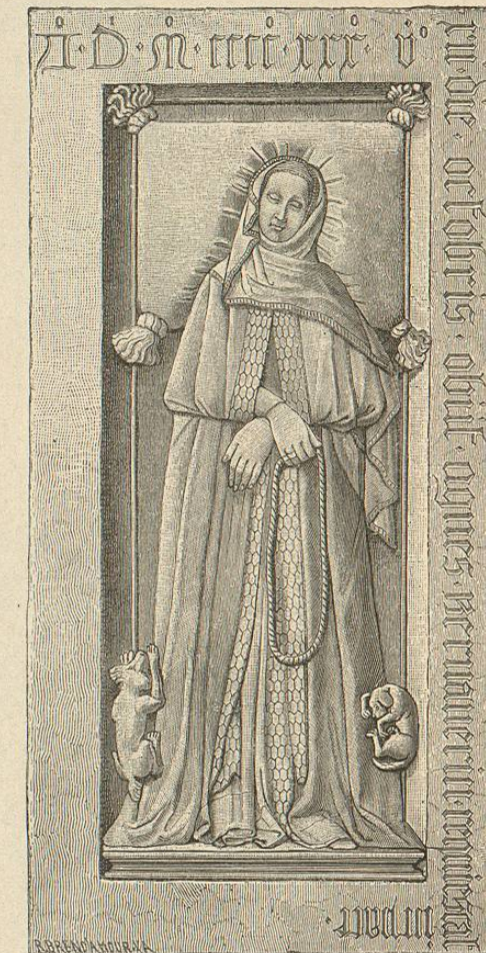
litigiosos al arbitraje del emperador Federico III, que por cierto no se inclinaba a favor de las ciudades. Otra guerra análoga entre el duque Adolfo de Cléveris, asociado a la mayoría de las ciudades más principales de Westfalia y a su cabeza Soest, y el mundano y belicoso arzobispo de Colonia Ditericio II (1), asoló durante cinco años aquel país. En esta guerra tomaron parte contra Soest y otras ciudades aliadas, no solo los obispos y príncipes vecinos, amen de muchos otros nobles menores, sino también otras ciudades, entre ellas Dortmund. El emperador también tomó parte contra Soest y sus partidarios y les puso fuera de ley, bien que este rayo imperial como la excomunión del Papa hizo poca mella en los ánimos entonces. Las atrocidades que se cometieron en esta guerra apenas tienen igual en la historia. Finalmente el arzobispo de Colonia tomó a su sueldo bandas armadas de Bohemia, restos de las fuerzas husitas que recorrían la Alemania, y el duque Guillermo de Sajonia se encargó de las fuerzas reunidas de los prelados, príncipes y nobles, que formaban reunidas un ejército de más de 60,000 hombres, con los cuales sitió a Soest. La ciudad rechazó todos los asaltos y por fin el arzobispo tuvo que renunciar a su empeño y reconocer a la ciudad, protegida por el duque de Cléveris, sus fueros y privilegios. El recuerdo de esta guerra sañuda vivió largo tiempo en la memoria del pueblo.

En todas partes del imperio la situación era desconsoladora, porque los príncipes, además de las luchas que sostenían contra las ciudades, se hacían la guerra entre sí, como en Sajonia-Turingia, donde los pueblos habían sufrido ya las atrocidades de los husitas. Allí los dos hijos menores del duque Federico de Sajonia, Federico y Guillermo III, se disputaban la herencia de su primo Federico de Turingia, que había muerto sin sucesión en el año 1440. El resultado fué otra guerra salvaje de cinco años (desde 1446 hasta 1450), en la cual intervinieron como siempre potentados extranjeros, porque el duque Guillermo se alió con el rey de Bohemia Jorge Podiebrad, el cual envió otra vez soldadesca bohemia que devastó el país como los husitas, y poco faltó para que la Turingia se agregara al reino de Bohemia. Un arreglo hecho entre los dos hermanos a principios del año 1451 libró al país de los horrores de tan bárbara guerra.

La casa guelfa ó de Brunswick se había dividido en las líneas de Göttinga, Wolfenbützel y Lüneburgo, de las cuales cada una tenía sus guerras fratricidas interiores, y en la casa de Baviera eran hereditarias las contiendas intestinas. Allí hubo repetidas guerras entre padre é hijo. Este, llamado Alberto, se había casado secretamente con la hija de un barbero-cirujano de Augsburgo, llamada Inés Bernauer, y cuando su padre el duque Ernesto lo supo la hizo prender por sorpresa en medio de su corte en el castillo de Straubing, porque el duque Alberto la había reconocido ya entonces públicamente por esposa legítima, y la hizo condenar a muerte por hechicera y ahogar en el Danubio en octubre de 1435. El hijo se levantó entonces en armas contra su padre con el auxilio de otro príncipe de Baviera, el duque Luis VII de Ingolstadt, guerrero brutal y enemigo feroz de los Hohenzollern por haber sido agraciados con la Marca de Brandeburgo, patrimonio antes de la línea bávara del duque Luis. Sublevóse contra éste también su hijo y único heredero legítimo Luis el Jorobado, a quien había desheredado por haberse casado con la hija del odiado marqués de Brandeburgo, nombrando sucesor en lugar suyo a un hijo ilegítimo. Luis salió vencedor é hizo prisionero a su padre, el cual murió en el año 1407 prisionero de otro duque bávaro, el de Landsbut, que según se dijo le hizo matar en el calabozo del castillo de Burhausen.

(1) Teodorico.

En medio de tanta confusión y barbarie había en Alemania algunos gobernantes buenos, aunque severos, como los Hohenzollern, bajo cuyo régimen paternal y riguroso se rehizo la Marca de Brandeburgo de un larguísimo período calamitoso. En el centro de Alemania prosperó el país de Hesse durante el reinado pacífico de más de cuarenta años del landgrave Luis I y en la cuenca del Rhin vió días felices el Palatinado. Reinaba allí desde la muerte del príncipe elector Luis IV, ocurrida en agosto de 1449, su hermano menor Federico, en calidad de tutor del hijo de Luis, que a la muer-



Sepulcro de Inés Bernauer, en Straubing, cementerio de San Pedro.  
Inscripción: *A(uno) D(omini) MCCCCXXXV. XII. die octobris. obiit. Agnes. Bernauerin. - Requiescat in pace.*

te de su padre solo contaba un año de edad. En vista de que la situación general de Alemania requería un gobierno fuerte, los brazos del Palatinado convinieron con el tutor en autorizarle en 1451 para gobernar como soberano; mas para no perjudicar al heredero legítimo nombró Federico heredero universal suyo, obligándose noblemente a no contraer matrimonio, a fin de no tener sucesión propia que pudiera dar lugar a su tiempo a crueles guerras de familia, con inmenso daño del país. Opúsose, aunque inútilmente, a este arreglo el emperador Federico III. El reinado del nuevo príncipe elector del Palatinado, llamado también Federico III con el sobrenombre del Victorioso, duró desde el año 1451 hasta 1476, y forma uno de los episodios más halagueños de su época en el mundo alemán. Fué diplomático hábil y prudente, soldado valiente y adversario noble; supo preservar a su país del azote de la guerra y levantar su influencia y poderío; organizó una buena administración, sobre todo de la justicia; protegió la industria, el comercio y las ciencias;

cultivó la música y el canto, y dió á su pueblo el ejemplo de un buen matrimonio. Al fin se casó este príncipe con la hija de un simple ciudadano de Augsburgo, una verdadera excepción en Alemania. Influyó también en la marcha general del imperio, pero como todos los demás príncipes del mismo, sin otra mira mas que el interés de su casa, como aliado del margrave Alberto, llamado Aquiles, y adversario del emperador Federico III. Era también aliado suyo otro duque bávaro, Luis de Landshut, que reinó desde 1450 hasta 1479,



Banquete con la mesa ricamente servida (segunda mitad del siglo XV).

Miniatura de la ya citada traducción del Valerio Máximo, de Simon de Hesdin y Nicolás de Gonesse. Manuscrito en pergamino de la biblioteca municipal de Breslau.

rio, pues á excepción de contados puntos, en todo el ámbito del imperio resonaba constantemente desde largos años el ruido de las armas.

Desde la terrible jornada de Varna, que había destruido toda esperanza de rechazar á los turcos, se había hecho cuanto era posible para armar al mundo cristiano contra aquel enemigo terrible, pero con pobrisimo éxito, sobre todo en Alemania. Nada se hizo para salvar el último y mísero resto del imperio bizantino, reducido en tiempo de Constantino IX Paleólogo casi á la ciudad de Constantinopla. Muchos sabios bizantinos, huyendo instintivamente de la catástrofe inevitable, habían pasado ya desde algun tiempo á Italia, trasplantando á la hospitalaria península la civilización griega con sus ciencias, artes y letras. Llegó finalmente el día temido del fin del imperio bizantino, sin que la cristiandad estupefacta se levantara á prestarle auxilio, limitándose á lamentar

hombre ambicioso, enérgico, opulento y fastuoso, buen gobernante y protector de los hombres de ciencia, por cuyo consejo fundó en 1472 la universidad de Ingolstadt.

La impotencia completa de Alemania no solamente en frente de los turcos sino también en frente de cualquiera de sus vecinos, se explica, pues, perfectamente considerando las fuerzas y recursos que malgastaban hasta los mejores príncipes en las guerras continuas que sostenían ora contra vasallos desobedientes, ora contra otros potentados del impe-

el terrible suceso. En el mes de mayo del año 1453 Mahomet II se apoderó de Constantinopla y plantó el estandarte de la media luna sobre la cúpula de la basílica de Santa Sofía. El emperador Federico III, que el año anterior, 1452, había llevado á cabo su expedición á Italia sin mas objeto ni resultado que ser coronado emperador por el Papa, no hizo en favor del imperio bizantino mas que verter como una mujer un mar de lágrimas al tener noticia de la caída de Constantinopla.

La Iglesia, en cambio, desplegó mucha actividad, excitando á todo el mundo á tomar las armas contra los turcos, por medio de cartas dirigidas á príncipes y pueblos, por legados especiales enviados á las cortes de los reyes y príncipes en guerra para reconciliarlos con sus contrarios y restablecer la paz entre los cristianos, y por medio de sus frailes predicadores, prometiendo indulgencias y otros beneficios ecle-

siásticos y espirituales á los que marcharan contra los infieles. También ordenó la curia diezmos y otras contribuciones extraordinarias para atender á los gastos de la cruzada. Todo esto le dió á la curia ocasión de recobrar, siquiera en apariencia, su importancia como representante y guía de la

cristiandad, importancia que había perdido en la época de los concilios; pero en este trabajo de propaganda se encontró no solamente con la inercia y apatía de los monarcas y príncipes de mas ó menos valía, sino hasta con la tendencia contraria, y esto en la misma Italia. Las ciudades marítimas,



Federico el Victorioso, príncipe elector del Palatinado (la armadura se conserva en el castillo de Ambras). Grabado de la obra publicada en 1602 sobre la colección de armas de este castillo.

sobre todo las repúblicas de Venecia y Génova, habían hecho ya sus paces con los infieles cuando decayó el poder cristiano en Palestina para conservar sus privilegios de comercio en los territorios donde dominaban los mahometanos y el monopolio del comercio entre el Oriente y el Occidente que tenían en sus manos. Estas repúblicas temían la proyectada cruzada, que podía interrumpir su comercio floreciente y causarles perjuicios incalculables, por cuya razón se mantuvieron frías é indiferentes en frente del entusiasmo que comenzaba á cundir á favor de la guerra contra los in-

fieles; y sin su cooperación activa no había que esperar ningún resultado eficaz de tal guerra, como había enseñado la experiencia en las empresas análogas anteriores. Otro obstáculo fueron la división y la anarquía con la consiguiente impotencia militar de Alemania. Verdad es que entonces había todavía muchos que tenían la esperanza de verla unida, fuerte y poderosa, y éstos trabajaban á favor de una reforma constitucional interior del imperio; pero sus esfuerzos se estrellaron contra la apatía del emperador y el egoísmo de los príncipes. Ni siquiera se presentó el emperador en el